

# Literaturas americanas

Benjamín Prado

América es un continente infatigable, que tal vez nunca se levanta del todo pero que jamás se rinde, por muchos invasores de dentro y de fuera que traten de doblegarlo con balas o con dólares, y capaz de emprender revoluciones que lo cambiaron todo tanto en el terreno de la historia como en el de la literatura, desde los tiempos del Modernismo o las vanguardias hasta los del *boom*. Por las famosas venas abiertas de Latinoamérica corren igual que ríos de tinta los nombres de Rubén Darío, César Vallejo, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa, y sin ellos y el larguísimo etcétera que podría sumárseles, de Alejandra Pizarnik a Octavio Paz y de Olga Orozco a Juan Carlos Onetti o a Blanca Varela, nuestra imaginación no sería lo mismo y, por lo tanto, el mundo sería más pequeño. La ficción tal vez no transforme la realidad, pero sabe hacer con ella trucos de magia, y eso lo saben bien los miles de lectores que en la España de finales de los sesenta encontraron un refugio maravilloso en libros como *La ciudad y los perros*, *Cien años de soledad* o *Rayuela*, que tal vez no se abrían para ellos como si fuesen las famosas puertas de la percepción, pero sí fueron una puerta trasera por la que escaparse de una casa sombría.

Sin embargo, toda explosión deja algunos cristales rotos y algunos efectos secundarios, y uno de ellos ha sido que durante mucho tiempo los países se redujeran, para simplificar, a un solo apellidado o un par de ellos que, en cierta manera, actuaban como una tachadura de las que se ponen sobre lo ya conocido o lo ya hecho. Perú era Vargas Llosa, y punto. Argentina eran Cortázar y Borges. México, Octavio Paz y Carlos Fuentes. Colombia, García Márquez; Cuba, tal vez Guillermo Cabrera Infante..., y así en cada país. Naturalmente, todo ellos son maestros imprescindibles que llevaban en su mano las llaves de la entrada princi-

pal de la casa de la literatura, pero había más cosas, aún las hay y, por supuesto, todavía quedan muchas por llegar. Para saber qué está pasando y qué puede ocurrir, el Centro Cultural de España en Rosario organizó hace poco el encuentro «Literaturas americanas», en el que algunas de las principales voces de nuestra cultura se reunieron en esa ciudad para reflexionar sobre lo que tenemos y lo que nos espera. Entre ellas estaban las de Sergio Ramírez, César Aira, Sandra Contreras, Edgardo Dobry, Horacio Costa, María Teresa Gramuglio y Martín Prieto, cuyas conferencias recogemos en esta primera entrega dedicada a aquel congreso, que se completará, en el próximo número de *Cuadernos Hispanoamericanos*, con otros tantos textos de los participantes en aquellas jornadas. Sin duda, las celebraciones del Bicentenario son una gran ocasión para detenernos a pensar juntos sobre el estado de nuestro idioma, nuestras sociedades y nuestras letras, en medio de esta época convulsa que se precipita hacia la barbarie y la mediocridad, donde la única razón que se admite es la cuenta de resultados y el único color que importa es el de los números rojos y los números azules.

¿Qué hay de acierto en aquella idea de Carlos Fuentes de llamar al ámbito de nuestro idioma «el territorio de La Mancha.» «¿Qué lugar ocupa en ese laberinto la literatura brasileña, aunque esté escrita en portugués?». ¿Qué une y que separa la literatura de los diferentes países de Latinoamérica y hasta qué punto la necesidad de diferenciarse unas de las otras y todas ellas de España es uno de sus motores? ¿En qué medida la defensa y la propagación de cada modo particular de hablar la lengua común ha sido y es, también, una de las bases del *boom* y lo que le ha seguido? En los años setenta, una de las cosas que fascinaba a los jóvenes lectores españoles era oír –al fin y al cabo, leer es escuchar por escrito– los acentos de Buenos Aires que sonaban en las novelas y los relatos de Julio Cortázar, o las expresiones colombianas que hacían crujir los párrafos de *Cien años de soledad* o *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Marquez; o el vocabulario porteño de los poemas de Mario Benedetti; o la gota de Caribe que se oye caer en las palabras con las que están escritas las obras de Alejo Carpentier... Todo eso era especialmente enriquecedor en un país en el que hasta hacía poco tiempo se le llegaban a cambiar los nom-

bres a los extranjeros, para colonizarlos con la demagogia: Guillermo Shakespeare, Enrique Heine...

Son algunas de las preguntas que surgen a la hora de pensar en la literatura que se hace y, sobre todo, en la que se hará en Latinoamérica, pero hay más: ¿Qué peso tendrá en los nuevos autores la mutua contaminación entre el idioma inglés y el español, equivalente a los intensos movimientos migratorios que van de los países Americanos a los Estados Unidos, por supuesto, pero también a causa del lenguaje más universal, que es el de la tecnología? ¿Cómo evitar, en ese contexto global, que desaparezcan algunas o muchas de las cuatrocientas veinte lenguas indígenas que se hablan en el continente? Los participantes en el encuentro «Literaturas de América» intentaron responder a esas cuestiones en el Centro Cultural de España en Rosario, y ahora el lector de *Cuadernos Hispanoamericanos* tiene la oportunidad de conocer sus puntos de vista en todo el ámbito de nuestra cultura, que es el radio de acción de esta revista ©